



CANTO RODADO
ANA GAITERO

MACHOS

Los machos eran muy útiles en la labranza. Y también en las minas. Animales fuertes y dóciles, tiraban del arado y de los vagones de carbón. Animales de carga y tiro. Fueron relevados por maquinaria de tracción y carga para todas las faenas agrícolas y también para la mina. Mucho se ha avanzado en la tecnología. La sociedad no sé si tanto. Antiguamente los chismes que se contaban en la plaza o en la barra del bar podían ser el desencadenante de peleas o enfrentamientos de por vida, y por generaciones. Ahora son las redes sociales la plaza y la barra del bar, con la diferencia de que, como dijo Cayo Tito al Senado, *verba volant, scripta manent*.

Mujer explosiva

Las palabras vuelan mientras los 140 caracteres de un tuit permanecen indelebiles en tu línea de tiempo. Sin duda, la única respuesta inteligente al revuelo por los tuits de hace cuatro años de un concejal de Ahora Madrid ha sido la de Irene Villa, víctima de ETA, que aparecía en uno de los macabros chistes: «Mi chiste favorito es el que me define como la mujer explosiva».

Más allá de lo políticamente correcto y de lo políticamente torticero, esta mujer, que ha sufrido la violencia del terrorismo, ha puesto las cosas en su sitio —«los chistes son sólo chistes, te pueden gustar o no»— y ha dado una lección de tolerancia en un momento de discursos dogmáticos desde la atalaya del poder.

Ahí está Mariano Rajoy lanzando sofismas contra «extremistas y radicales» para calentar el ambiente como un hooligan de la política indignado por el retroceso del frente azul. El presidente es tan desproporcionado como esas polémicas artificiales que entretienen pero no llevan a ninguna parte.

Braguetazo

El concejal, al fin y al cabo, tampoco ha entregado su acta. Todo es un trampa-tonjo. Un disimulo. Así pasa con la igualdad de género. Todo el mundo está a favor. En teoría. En la práctica, quienes empeza-



LA LÍNEA DEL TIEMPO
DE LA DIPUTACIÓN
NECESITA UNA
EXCAVACIÓN TAN
PUNTILLOSA COMO LA
QUE SE HA HECHO CON
LOS TUIITS DE HACE
CUATRO AÑOS

ron defendiendo las listas cremallera acababan dando el braguetazo.

Es lo que ha pasado en la elección, por llamarla de alguna manera, de los escaños de la Diputación provincial. Hay que escarbar en la línea del tiempo de la institución, con doscientos años a las espaldas, y sacar a relucir su arqueología antidemocrática y machista. Airear sus entrañas caciquiles que se reproducen, mandato tras mandato, gobierne quien gobierne. Incluso se escaquea de la Ley de Igualdad que obliga a listas paritarias en municipios de más de 3.000 habitantes, pero deja a la voluntad de los partidos una institución que representa a casi medio millón de habitantes en el caso de León.

De 25 representantes, 22 serán hombres, seguramente los más listos de cada partido, y tres mujeres, que ya veremos si se lo merecen o no, porque a una mujer siempre se la puede cuestionar (y de eso saben muy bien Victorina Alonso y Mercedes González en Astorga). En los años 80 que una mujer, dos y hasta tres entrarán en la Diputación podía considerarse un triunfo. En el 2015 esta pírrica cifra es un despropósito y una humillación democrática. Los barones (y baronesas) de los partidos se retratan con las tretas del amiguismo de toda la vida.

Sin pudor

La Diputación es un premio para 'ganadores' de la cuerda del que manda. La criba para acceder a un sillón es brutal. Los machos arramplan con los cargos sin pudor. ¿Por qué Ciudadanos opta por un concejal de San Andrés, municipio con más de 20.000 habitantes, en vez de por una concejala de Villaquilambre con experiencia en el gobierno municipal? ¿Por qué IU no ha tenido el coraje de darle el escaño a un minero y por qué divide el mandato a partes iguales para dos hombres y no piensa en una mujer? ¿Por qué el PSOE aparta a diputadas con experiencia? ¿Por qué el PP lleva a una sola mujer entre 13 asientos? Matías Llorente, al menos, nunca ha presumido de feminista. Él es un hombre de campo. Y de verbo claro.



VANESSA
CARREÑO

GRACIAS PORQUE SÍ

Sabe cuál es la principal cualidad que tienen en común las personas felices? No es el trabajo perfecto, ni el dinero ni el amor. Lo que tienen en común es que son agradecidas. Y no me refiero a que sean educadas y siempre den las gracias. El tipo de gratitud que muestran las personas felices es una gratitud incondicional ante la vida. Porque, si usted quiere, en cada momento, en cada experiencia y en cada persona, hay algo por lo que puede dar las gracias. Incluso por las cosas difíciles o menos agradables, porque también forman parte de su camino y de su aprendizaje.

Y así, porque según cómo miremos la vida encontraremos cosas que agradecerle o no, la auténtica gratitud no dependerá de lo que nos pase, sino de las gafas con las que lo veamos. De nosotros, y solo de nosotros, depende agradecer cada situación que la vida nos traiga. Y eso, curiosamente, produce una especie de efecto boomerang que hace que lo que demos regrese a no-



sotros multiplicado. Como dijo Gandhi, «la vida es como un espejo. Si sonrío el espejo me devuelve la sonrisa».

Así que si quiere incorporar el agradecimiento incondicional a su vida, sólo tiene que cumplir dos condiciones:

—No espere a que pase algo para sentir el placer de la gratitud. No espere a recibir para dar, no espere a que le sonrían para sonreír, ni a que le hagan un elogio para hacerlo usted, ni a que le hagan un favor para decir «gracias». La verdadera gratitud no es una respuesta a algo, es una forma de vida.

—Hágalo de corazón y sin esperar nada a cambio. A veces exigimos «servistos» sin darnos cuenta de que podemos «ver» antes de que nos vean y de que precisamente ahí está la gracia, en generar felicidad sin motivo aparente. ¿Qué cómo se hace? Ponga las noticias y sea consciente de todos los motivos que tiene para dar las gracias. O cada noche, antes de acostarse, agradezca algo. O busque a alguien que contribuyese de una forma especial a su vida y dígaselo. Incluso puede escribirle una nota de agradecimiento a la vida. Seguro que le responde.

www.coachingtobe.es



ANDRÉS ABERASTURI

ACTITUDES TRASNOCHADAS

Hace unos días Su Graciosa Majestad Isabel II de Inglaterra inauguraba una nueva apertura del Parlamento británico; un espectáculo que, aunque naturalmente me resulta incomprensible, respeto como casi todo lo que hace ese pintoresco y contradictorio pueblo. Es que iba con capa de armiño como en los cuentos y una corona que parecía comprada en un todo a cien de disfraces solo que esta era de verdad, ¡vaya si lo era! Pero claro, ese no es mi problema. Tampoco lo son de los que quiero hablar aunque me tocan más de cerca. Pero es que uno se cansa de escribir de los pactos, los pactos y los cambios (¿) del PP.

Hablo pues de los reyes de España que, según todas las encuestas, han vuelta a

poner la institución en un alto grado de simpatía popular. Y la verdad es que se lo están ganando a pulso, lo reconozco porque soy un republicano de bien. Pero... Siempre hay un pero y este es fácil de solucionar. Me refiero a la absurda costumbre de la reverencia, ese intento en ocasiones hasta ridículo de medio arrodillarse cuando se les saluda. Estoy seguro que ni el rey ni la reina se sienten cómodos frente a esos equilibrios inestables y sin sentido ya.

Naturalmente estas cosas no se prohíben por decreto, pero en la espera, alguien de la Casa Real explica brevemente el protocolo; bastaría con que añadiera que por favor se ruega a las señoras evitar doblar la rodilla cuando saluden a los reyes. Poco a poco la costumbre se iría perdiendo entre los más conservado-

res y todo resultaría mucho más natural.

Y de la realeza a la Iglesia con el mayor de los respetos. Ni se puede ni se debe renunciar a las liturgias pero de la misma forma que se abandonó aquella silla gestatoria que daba una imagen bastante lamentable de quien era paseado a lomos de otros hombres, en la Iglesia pobre que quiere Francisco tal vez sobre ya esa permanente y servil atención hacia quien ejerce la máxima jerarquía de una ceremonia (no sólo el Papa) como si realmente no pudieran valerse por sí mismos: les pasan la página, les colocan la mitra, retocan la capa pluvial para que quede centrada... No sé; resulta todo excesivo. Bastante tenemos ya con lo que hay heredado y fijo, ese exceso de belleza y poder que es el Vaticano, para encima añadir unas actitudes impropias.